Humanizando una sala de conferencias autoritaria

Mario Rinvolucri
socio de Pilgrims y Bridge
Traducción del inglés – Amina Kaoula Bentchakal

Fui invitado en octubre de 2019 para realizar una sesión plenaria de dos horas dirigida a los profesores de español en una gama de países norteafricanos desde Mauritania en el sudoeste, hasta Túnez en el este. Todos estos compañeros han dado clase en el Instituto Cervantes, una organización similar al Goethe Institut, los Institutos Confucio (500 en Estados Unidos) o el British Council.

Las pautas dadas por mis anfitriones fueron las de introducir técnicas centradas en la persona para estimular la redacción creativa.

Este trabajo fue realizado en una espectacular sala de conferencias (La Salle Rouge) en la Biblioteca Nacional de Argel. Tenía algunos de los sillones rojos más cómodos que he visto en una sala así. La sala podía albergar a 500 personas. Como no estaba llena, la gente en la última fila parecía estar muy lejos.

En la parte delantera del teatro había una tarima coronada por una enorme y larga mesa. La mesa estaba equipada con cuatro micrófonos. En la primera mañana, el presidente de la Real Academia Española dio una plenaria de bienvenida y la arquitectura del vestíbulo vibró con placer de ser el entorno para un intelectual internacional realmente poderoso y culto con contenido fascinante. Emocionante.

Sentí que mi trabajo era enseñar a los principales maestros árabes una visión radicalmente diferente de la educación, una en la que el alumno no es visto como un recipiente vacío para ser rellenado (como suele ser el caso de una conferencia normal). Sin embargo, la arquitectura perjudicó la labor.

Me hice cargo de poner al técnico de mi lado. Comprobó que los cuatro micrófonos de la tarima realmente funcionaban. Ideó un micrófono portátil para que yo lo usara. ¡Hurra!, tenía movilidad alrededor de la vasta área del pasillo. Les pedí a cuatro participantes bastante experimentados, y de los cuales con tres ya había tenido buen contacto, que ocuparan las cuatro sillas detrás de la gran mesa de autoridad.

El primer ejercicio fue un ejercicio de reflejo grupal. A las 130 personas de la audiencia se les pidió que se pusieran de pie e imitaran mi voz y mis gestos mientras alababa la belleza de una rosa imaginaria que luego cogí. (Este ejercicio proviene del trabajo de Bernard Dufeu, promotor del psicodrama del lenguaje).

Después les pedí que se giraran hacia sus compañeros vecinos y les informaran sobre lo que acababan de hacer.

Completé la sesión de comentarios pidiéndoles a las cuatro personas de la tarima que compartieran sus pensamientos con toda la sala a través de sus potentes micrófonos.

No quiero ir detallando todos los ejercicios que realizamos esa mañana, ya que casi todas las mujeres comenzaron a unirse y al menos la mitad de los hombres que se escondían en las filas de atrás comenzaron a participar de manera activa en el trabajo.

Cuando mi anfitriona me indicó que solo nos quedaban ocho minutos antes del almuerzo, les pedí a los compañeros de la tarima que tomaran dos minutos cada uno para completar la sesión con sus sentimientos, opiniones y evaluaciones.

Durante este tiempo estuve casi oculto y la audiencia aplaudió a las cuatro personas de la tarima. Sentí que la arquitectura había notado de alguna manera lo que estaba sucediendo y se unió al espíritu de esa mañana.

Posdata: Cuando las personas son completamente nuevas en el pensamiento humanista, es necesario más de una mañana para entrenarlas y para tratar con los sistemas de creencias bien consolidados que traen de su propia experiencia como alumnos.

Posdata 2: ¡Gracias a ustedes por haber soportado con tanta paciencia a este viejo medio loco!